

Salmos diarios, Ciclo II, Año Par. Explicados

XX Semana del Tiempo Ordinario

Martes

Deuteronomio 32

“El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta; da la pobreza y la riqueza, humilla y enaltece”. Dios tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre (Job 12, 10).

El creyente, que se experimenta amado y salvado por Dios hace pública su acción de gracias, consciente de que incluso cuando se acerca la muerte, el Señor se inclina sobre él con amor. Dios no es indiferente al drama de su criatura, sino que rompe sus cadenas.

El creyente salvado de la muerte se siente “siervo” del Señor, hijo de su esclava, bella expresión oriental con la que se indica que se ha nacido en la misma casa del dueño. El salmista profesa humildemente con alegría su pertenencia a la casa de Dios, a la familia de las criaturas unidas a él en el amor y en la fidelidad.

La vicisitud personal es narrada para que sirva de estímulo para todos a creer y a amar al Señor. En el fondo, por tanto, podemos vislumbrar a todo el pueblo de Dios, mientras da gracias al Señor de la vida, que no abandona al justo en el vientre oscuro del dolor y de la muerte, sino que le guía a la esperanza y a la vida.

Muchos invocaron al Señor y fueron inmediatamente librados de sus penas presentes, sin tener que esperar la vida eterna. Job, abandonado al demonio a pedido de este espíritu malhechor, recuperó no obstante la salud ya durante esta vida... Por el contrario, el Señor fue flagelado y nadie vino a su socorro. Grita ‘¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?’ y nadie lo socorre”.

Jesús quería inculcar a los hombres la participación en su abandono temporal y transitorio para arrancarlos del abandono eterno. Enseñaba la aceptación de la muerte temporal para escapar a la muerte eterna. El hombre viejo se preocupa de la muerte temporal, el hombre nuevo de la vida eterna.

Pero Dios nunca falla. Al final Jesús vence, vence el amor. De la muerte de Cristo surge la vida, porque Jesús la ha transformada en un gesto de obediencia, en un acto de amor, convirtiéndola así en lo profundo: el amor ha vencido a la muerte.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)